



Los 'mea culpa' de Juan Pablo II

LUIGI ACCATTOLI

Papa audaz en muchos aspectos –desde la lucha contra el comunismo a la predicación del Evangelio «hasta los confines de la tierra»–, en ninguno sorprendió tanto Juan Pablo II como en el *mea culpa* que culminó en la jornada del perdón del 12 de marzo de 2000. Respecto a esa herencia, Benedicto XVI se sitúa como un prudente continuador: en dos ocasiones hizo suya la petición de perdón por el Holocausto formulada por su predecesor y, en otra, realizó su propio *mea culpa* por el pecado de la pederastia del clero.

Confesión de culpas y petición de perdón se titulaba la ceremonia litúrgica especial que se celebró en San Pedro el primer domingo de Cuaresma del año 2000. En aquella ocasión, el Papa oró sobre los «pecados en general», las «culpas en el servicio a la verdad», los «pecados» que dividieron a la Iglesia, las «culpas en relación con Israel», las «culpas cometidas con comportamientos contra el amor, la paz, los derechos de los pueblos, el respeto de las culturas y de las religiones», los «pecados que hirieron la dignidad de la mujer y la unidad del género humano» y «los pecados en el ámbito de los derechos fundamentales de las personas».

Así rezaba la segunda confesión de pecado, referida a las «culpas en el servicio a la verdad», que fue leída por el cardenal Ratzinger: «Oramos para que cada uno de nosotros, reconociendo que incluso hombres de Iglesia (...) a veces recurrieron a métodos poco evangélicos en la tarea de la defensa de la verdad, sepamos imitar al Señor Jesús, manso y humilde de corazón».

Así sonó la cuarta de las siete «confesiones», referida a la persecución de los judíos: «Dios de nuestros padres, Tú que elegiste a Abraham y a su descendencia para que tu nombre fuese llevado a las gentes; estamos profundamente doloridos por el comportamiento de todos los que, a lo largo de la Historia, hicieron sufrir a estos hijos tuyos (...)».

Como conclusión de aquella liturgia penitencial, Juan Pablo II pronunció cinco «nunca más», que sonaron como una de las utopías evangélicas más potentes de nuestra desencantada época: «Nunca más las afrentas a la caridad en el servicio a la verdad, nunca más gestos contra la comunión de la Iglesia, nunca más ofensas contra pueblo alguno, nunca más el recurso a la violencia, nunca más discriminaciones, exclusiones, opresiones, desprecio a los pobres y a los últimos».

Desde la revisión del caso Galileo (iniciado en 1969) hasta el último pronunciamiento autocrítico, referente al tribunal de la Inquisición (en 2004) son más de un centenar las ocasiones en las que Juan Pablo II reconoció «errores» y «culpas» del pasado y del presente, o que invitó a los católicos a hacer examen de conciencia sobre dichos pecados.

Benedicto XVI también ha pedido perdón durante sus seis años de Pontificado, adhiriéndose al acto penitencial de su predecesor y haciendo suya la petición de perdón a los judíos en dos ocasiones, en 2009 y 2010.

El 11 de junio de 2010 volvimos a asistir a una petición de perdón, formulada en persona por el Papa teólogo y realizada en nombre de la Iglesia por el pecado de sus «hijos». Lo hizo por un «pecado» de hoy –los abusos sexuales del clero– y no histórico, como tantas veces había hecho el Papa Wojtyła, pero, al igual que él, acompañó el *mea culpa* con la exigencia de que esa lacra no vuelva a repetirse «nunca más».

Parece, pues, claro que en esta pedagogía de la penitencia y de la purificación, el Papa Ratzinger sigue las huellas de su predecesor y, al mismo tiempo, se diferencia de ellas.

Luigi Accattoli es vaticanista de 'Corriere della Sera'.



Los Príncipes de Asturias, durante la ceremonia de beatificación. / REUTERS



El presidente de Zimbabwe, Robert Mugabe, comulgando. / AP



Un hombre porta una cruz con una bandera polaca en Varsovia. / AP



Fieles congregados en Lourdes (Francia) para ver la retransmisión del acto. / AFP

La misa de Wojtyła

JAVIER CREMADES

Reservé billetes para volar a Roma nada más conocer la fecha. Como muchos otros, decidí sumarme a este homenaje a un hombre ligado a mi propia biografía. Así llegué a esta ciudad que no es eterna, pero que ayer vivió uno de los días grandes de su Historia. Centenares de miles de personas accediendo a la Plaza de San Pedro, al Vaticano y a sus alrededores para participar en la misa de beatificación de Juan Pablo II.

Probablemente, casi todos los que ayer acudieron a San Pedro habían tenido una experiencia de contacto personal con el personaje al que se aupaba a los altares. La mía, como español y católico, comienza casi en mi adolescencia, cuando, como decían entonces los eslóganes, el Papa vino a verme. Ya entonces, a comienzos de los 80, pude estrechar su mano, y cruzarme en varias ocasiones con su fornida presencia y su profunda mirada.

Pero, sin duda, uno de los momentos que más me impresionó ocurrió en 2000 cuando asistí junto a mi mujer a una misa privada.

Celebró la Eucaristía con gran concentración y, después de descansar unos minutos, tuvo tiempo para saludarnos a cada uno y aceptar un breve diálogo, casi siempre terminado con una broma por su parte.

Como siempre, en cada viaje grandes multitudes pudieron verle y oírle muy de cerca. Así, se fue amasando un contacto personal con millones de personas que tienen a aquel prodigioso Papa no como una figura histórica sino como una persona a la que se ha querido de verdad.

La misa de Wojtyła de ayer, como la mía de 2000, no fue un acto protocolario sino una vivencia de profunda huella. Es la experiencia de haber podido descender y bucear por las profundidades del espíritu.

Pero como ya pudo verse en los funerales de 2005, el que hoy ya puede ser públicamente venerado, fue el último líder del siglo XX y el primer gran hombre del siglo XXI.

Como líder se enfrentó al régimen totalitario y defendió al pueblo judío contra el geno-

cidio del que fue víctima. Su contribución fue también decisiva para que los países del Este se librasen de la dictadura comunista y consiguieran las libertades democráticas. Fue el único líder del planeta que se opuso siempre a cualquier guerra –incluida la de Irak– y denunció sin miedo la inutilidad de la violencia como medio para resolver los conflictos.

Pero, además, Juan Pablo II fue el primer gran hombre del siglo XXI. No sólo quiso a la Humanidad sino a los hombres, a cada uno. No sólo hizo bien a países enteros sino que ayudó y confortó a millones de seres humanos concretos, con nombres y apellidos. Traspasó culturas, idiomas, tradiciones y religiones para llegar a la persona. Consiguió algo que ningún líder político o cultural puede conseguir: amar y ser amado de modo personal por millones de personas. Supongo que ésa es la única explicación razonable para entender lo que ayer se vio en Roma. Ya hubo alguien así, hace 2.000 años. Se llamaba Jesús de Nazaret. La única persona que sigue viviendo eternamente en los Agustín, Francisco, Teresa y Karol que comparten con él su corazón.

Javier Cremades es abogado y secretario general de la Fundación Madrid Vivo.